

GERONTOLOGÍA POÉTICA

Por **Tomás Yerro Villanueva**,

Catedrático de literatura jubilado y miembro de la Sociedad Navarra de Geriátrica y Gerontología

I. INTRODUCCIÓN

El físico y novelista inglés **Charles Percy Snow** (1905-1980), en una célebre conferencia pronunciada en la Universidad de Cambridge en 1959, ampliada y matizada en 1962, alertó a la comunidad científica de las nefastas consecuencias derivadas del abismo casi infranqueable existente entre *las dos culturas*, la humanística y la científica. El propio Snow y más tarde el británico **Edward Osborne Wilson** (1929) - entomólogo y biólogo conocido por su trabajo en evolución y sociobiología, estudioso muy cualificado de las hormigas- reivindicaron la *consiliencia* o necesidad imperiosa de conciliar y enriquecer mutuamente ambas culturas, de ofrecer a los jóvenes una educación rigurosa e integral en la que las Humanidades y las Ciencias experimentales funcionasen como vasos comunicantes, no como compartimentos aislados que se miran con recelo y, por momentos, hasta con hostilidad.

El avance acelerado del conocimiento humano ha desembocado en la progresiva entronización y aun sacralización académica y social del especialista o superespecialista, al que el gran profesor y humanista **George Steiner** (1929) califica de "*ultraminiaturista*" y el alemán **Hans Magnus Enzensberger** (1929) -poeta, novelista y ensayista muy preocupado por la Ciencia, Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades en 2002-, de simple "*idiota especializado*". Con sus desdeñosos epítetos, ambos intelectuales se refieren al experto que domina su disciplina casi a la perfección pero que, en cambio, se muestra incapaz de sentir la menor curiosidad por otras parcelas del conocimiento, inclusive las relativas a esferas esenciales de la naturaleza humana.

En la ambiciosa y peliaguda tarea de mitigar el deplorable fenómeno cultural analizado por Snow están afanados y enfrascados los pensadores que han puesto en circulación la expresión "*tercera cultura*", sinónimo de beneficiosa e imprescindible confluencia de saberes humanísticos, científicos y tecnológicos. Entre tales figuras sobresalen, junto al propio Snow, el norteamericano o John Brockman (1941), autor de **La tercera cultura. Más allá de la revolución científica** (1995) y **Los nuevos humanistas** (2003); el también estadounidense Stephen Jay Gould (1941-2002), que el año 2000 publicó el sugerente libro titulado **Érase una vez el zorro y el erizo. Las humanidades y la ciencia en el tercer milenio**; y el citado Edward Osborne Wilson (1929), a quien se debe la obra **Consilience. La unidad del conocimiento** (1998). En el ámbito

hispanico, algunas de las aportaciones más penetrantes sobre la “tercera cultura” y la necesidad de implantar un nuevo humanismo, aliado con la Ciencia y la Tecnología, corresponden a Francisco Fernández Buey y Salvador Pániker. Asimismo, es de justicia poner de relieve la muy meritoria labor desarrollada por científicos divulgadores de sus conocimientos, que están sirviendo, también, para aproximar el mundo de la Ciencia al de la Literatura -sobre todo la narrativa de ciencia-ficción o de anticipación y, en mucha menor medida, la poesía- entre el gran público. A escala internacional brillan con luz propia Isaac Asimov, el supracitado Stephen Jay Gould, Paul Davies, John Gribbin, John Barrow, Stephen Hawking, Lynn Margulis, Carl Sagan, Lewis Thomas, Richard Dawkins y Martin Gardner. Entre los españoles, son referencias obligadas Jesús Mosterín, Jaume Josa, Jorge Wagensberg, Juan Manuel Sánchez Ron, Pedro Miguel Etxenike, Pere Puigdomènec, Antonio Fernández-Rañada y Joandomènec Ros. Su sabiduría se enseñoorea por igual de las cátedras, los libros y las páginas de los medios de comunicación. Singular atractivo encierra la obra del físico y escritor Agustín Fernández Mayo (La Coruña, 1967), plasmada en novelas, poemarios, el blog *El hombre que salió de la tarta* y el ensayo **Postpoesía. Hacia un nuevo paradigma** (2009). Su nombre es uno de los más destacados y representativos de la llamada Generación Nocilla, Generación Mutante o Afterpop.

En España existe una rica tradición de médicos humanistas (escritores, filósofos, ensayistas...), entre los que descuellan Santiago Ramón y Cajal, Gregorio Marañón, Pedro Laín Entralgo, Juan Rof Carballo y Carlos Castilla del Pino. Y lo mismo podría afirmarse de galenos creadores de ficción como Felipe Trigo, Pío Baroja, Luis Martín-Santos y Juan Antonio Vallejo Nájera. La figura y la obra del médico y escritor ruso Antón Chéjov (1860-1904) alcanzaron en su día resonancia mundial y su influencia llega hasta la actualidad. Viniendo al presente, conviene recordar que en los balbucesos de la Sociedad Navarra de Geriátría y Gerontología, que celebra su XXV aniversario este año 2016, participaron humanistas de la talla de Salvador Pániker, Victoria Camps y Álvaro Pombo.

En el campo de las Humanidades, la Literatura posee, entre sus muchas virtualidades, la condición de poderosa herramienta de conocimiento. Más en particular, la poesía lírica ha acreditado a lo largo de la historia de la humanidad ser el género literario caracterizado por su concisión, hondura, sinceridad, independencia, esencialidad y belleza al tratar los enigmas capitales de la condición humana, sobre todo los que se alojan en el delicado territorio del corazón. Enigmas que afectan a la “atmósfera envolvente”, llamémosla así, es decir, a todo aquello que da sentido y encanto a la existencia, que la enamora, que trata de redimirla: ilusiones, pasiones, amores, relatos, furias quijotescas, imposibles búsquedas, inalcanzables deseos... También a cuestiones tan decisivas como el paso del tiempo, el envejecimiento y la muerte. Refractario a cualquier clase de dogmatismo e imposición, el poeta no pretende adoctrinar, persuadir, manipular... Simplemente, se autorretrata y nos retrata. Como aseguraba Antonio Machado, la poesía es la

"palabra esencial en el tiempo", dotada de voz y acento personales, inconfundibles.

En esta conferencia-recital, pretendo ofrecer un muestrario de poemas españoles e hispanoamericanos que indagan en elementos esenciales del proceso de envejecimiento y de la vejez propiamente dicha, denominados con metáforas como *otoño*, *invierno*, *última vuelta del camino*, *última costa*, *viaje definitivo*, etc. Los textos van precedidos de unos breves apuntes encaminados a facilitar su comprensión y disfrute. Las conclusiones, de haberlas, corresponden al público oyente o lector. Los interesados por la Gerontología poética podrán consultar la bibliografía final.

II. POR SUS VERSOS LOS CONOCERÉIS

Siguiendo una larga tradición cultural en las artes plásticas de Occidente pero sin pretensiones moralizantes de ninguna clase, el costarricense Francisco Amighetti presenta en **Las tres edades del hombre** las diversas generaciones que conviven en cualquier sociedad, llamadas a entenderse mutuamente con sus especificidades. El poeta no habla, claro está, de *gerontolescencia* ni de *gerontolescentes*, términos acuñados por el brasileño Dr. Alexandre Kalache, categoría en la que se inscriben muchas personas maduras de entre sesenta y ochenta años que -liberadas de cargas laborales y familiares muy exigentes en el pasado y con una salud aceptable- exprimen la vida con ilusiones casi juveniles. En la sociedad actual, en la que la juventud alcanza la apoteosis e inunda casi todas las manifestaciones públicas, es de agradecer que un poeta, fiel observador de la realidad, trate de visibilizar también a los ancianos en un mundo por otra parte cada vez más envejecido.

FRANCISCO AMIGHETTI (1907-1998)

"Las tres edades del hombre"

Aquella mañana había visto en el parque
las tres edades del hombre.

Los niños que despertaban el sueño del estanque
con sus manos y miraban nacer en él sus ojos.

Aquellos que se habían dado cita
en el silencio de árboles y sombra,
ceñidos por el rumor de la ciudad
como un cinturón lejano.

El anciano que recogía las hojas
secas de los árboles.

Cada uno cumplía el oficio de vivir
con la lógica de su edad;
despertar el alba dormida
que entreabre sus ojos en el agua
entre lirios y peces y musgo oscuro.
Hacer latir en el pecho el himno de la naturaleza
con las fragancias de la carne en tumulto,
o, recoger las hojas muertas
cuando en el demacrado rostro
se va descubriendo la estructura de la muerte.

Los pájaros cantan en el parque
una canción distinta para todos.

Jaime Gil de Biedma, figura clave de la Escuela poética de Barcelona y poeta de la máxima influencia en la poesía española hasta la actualidad, cobra verdadera conciencia de que los misterios del envejecimiento y la muerte -la única y democrática certeza humana- van "*en serio*" cuando comienza a personalizarlos al darse cuenta de la pérdida real de su propia juventud.

JAIME GIL DE BIEDMA (1929-1990)

"No volveré a ser joven"

Que la vida iba en serio
uno lo empieza a comprender más tarde
-como todos los jóvenes, yo vine
a llevarme la vida por delante.

Dejar huella quería
y marcharme entre aplausos
-envejecer, morir, eran tan sólo

las dimensiones del teatro.

Pero ha pasado el tiempo
y la verdad desagradable asoma:
envejecer, morir,
es el único argumento de la obra.

La percepción y la vivencia del envejecimiento son tan diversas como la heterogenidad de sus protagonistas y pueden basarse en criterios diferentes: darse cuenta de la propia mortalidad (**Pasatiempo**, del uruguayo M. Benedetti) o percatarse de algunas deficiencias físicas, como ocurre en **Síntoma**, también de M. Benedetti, y en **Los objetos perdidos**, del veterano y preterido escritor antequerano José Antonio Muñoz Rojas. La progresiva pérdida de memoria, representada con sentido del humor por el poeta malagueño, apunta a una de las deficiencias más graves de la ancianidad: el aumento de enfermedades neurodegenerativas (por ejemplo, las demencias), que provocan la dependencia y en no pocos casos, cada vez más numerosos, conducen a la devastadora enfermedad de Alzheimer, que supone la disolución de la identidad del individuo, objeto de atención por la poeta pontevedresa Graciela Baquero, la malagueña Elvira Molina Almoguera y el onubense Juan Cobos Wikins (poema **Mater**).

MARIO BENEDETTI (1920-2009)

“Pasatiempo”

Cuando éramos niños
los viejos tenían como treinta
un charco era un océano
la muerte lisa y llana
no existía

luego cuando muchachos
los viejos eran gente de cuarenta
un estanque era océano
la muerte solamente
una palabra

ya cuando nos casamos

los ancianos estaban en cincuenta
un lago era un océano
la muerte era la muerte
de los otros

ahora veteranos
ya le dimos alcance a la verdad
el océano es por fin el océano
pero la muerte empieza a ser

la nuestra.

“Síndrome”

Todavía tengo casi todos mis dientes
casi todos mis cabellos y poquísimas canas
puedo hacer y deshacer el amor
cruzar una escalera de dos en dos
y correr cuarenta metros detrás del ómnibus
o sea que no debería sentirme viejo
pero el grave problema es que antes
no me fijaba en estos detalles.

JOSÉ ANTONIO MUÑOZ ROJAS (1909-2009)

“Los objetos perdidos”

Señor que me has perdido las gafas,
¿por qué no me las encuentras?
Me paso la vida buscándomelas
y tú siempre perdiéndomelas,
¿me has traído al mundo para esto,
para pasarme la vida buscando unas gafas,
que están siempre perdiéndoseme?
Para que aparezca este tonto

que está siempre perdiendo su gafas,
porque tú eres, Señor, el que me las pierdes
y me haces ir por la vida a trompicones,
y nos das los ojos y nos pierdes las gafas,
y así vamos por el mundo con unas gafas
que nos pierdes y unos ojos que nos das,
dando trompicones, buscando unas gafas
que nos pierdes y unos ojos que no nos sirven.
Y no vemos, Señor, no vemos,
no vemos, Señor.

GRACIELA BAQUERO (1960)

“Alzheimer”

Tu boca sin lenguaje
babea y ruge ante la proximidad de las cucharas.

Ya no quieres comer.

Sin convencimiento
sujeto tus manos,
te canto bajito y te agredo
con la violencia del alimento triturado.

ELVIRA MOLINA ALMOGUERA

“Poesía al Alzheimer”

Tu mente se ha perdido,
por alguna razón extraña,
y no hay invierno, ni verano
ni florida primavera ,
y queda enterrado el otoño
bajo la hojarasca de la vida.
Son gemelos el sol y la luna,

y giran libres, sin órbita
 en ese raro universo
 dónde sólo tu habitas.
 La memoria es un laberinto
 y no encuentras la salida.
 Atrás se quedan perdidos
 los capítulos de tu biografía,
 y todos aquellos rostros
 que te amaron
 son tan sólo humo y ceniza.
 Que edad tan incierta...
 ¡eres de nuevo una niña!
 que desaprendes ahora
 un poquito cada día.
 Pero cuando me miras,
 tus ojos ¡brillan!
 y se tiñen de alegría.
 No sabes si soy tu madre,
 si tu hija,
 si tu amiga...
 pero a mí... ¡que me importa!
 si yo sé que tu corazón late,
 y que él nunca me olvida.

Sobre la dificultad de precisar el inicio del estado de la vejez versa **El otoño se acerca**, del lúcido poeta Ángel González, quien parece advertir un punto de inflexión vital aunque *"Se diría que aquí no pasa nada"*. En el poemario **Otoños y otras luces** (2001) expresa con singular acierto las entretelas anímicas del hombre maduro ya cercano a la vejez.

ÁNGEL GONZÁLEZ (1925-2008)

“El otoño se acerca”

El otoño se acerca con muy poco ruido:
apagadas cigarras, unos grillos apenas,
defienden el reducto
de un verano obstinado en perpetuarse,
cuya suntuosa cola aún brilla hacia el oeste.

Se diría que aquí no pasa nada,
pero un silencio súbito ilumina el prodigio:
ha pasado
un ángel
que se llamaba luz, o fuego, o vida.

Y lo perdimos para siempre.

Para el longevo poeta Jorge Guillén, uno de los seniors del Grupo poético del 27, los viejos extraídos del Antiguo Testamento (Libro de Daniel) son ejemplares por su capacidad de admiración de la belleza de la joven Susana, no por su conducta difamatoria, objeto de atención por un elevado número de artistas plásticos. [Para Franz Kafka (1883-1929), *"Quien conserva la facultad de contemplar la belleza nunca envejece"*] Su avanzada edad, el *"cómputo oficial"*, no se corresponde con su timidez de jóvenes estudiantes, prueba inequívoca de que *"Otoños hay con cimas y ráfagas de abriles"*, metáfora de renovados ardores juveniles en la ancianidad. [El mismo valor encierra la metáfora **Sol de noviembre**, de Miguel d'Ors] El poema arrumba prejuicios edadistas relativos a la incapacidad afectiva y amatoria durante la vejez y, al mismo tiempo, indaga en la consideración subjetiva del tiempo y, por tanto, también en la asunción del proceso de envejecimiento.

JORGE GUILLÉN (1893-1984)

“Susana y los viejos”

Furtivos, silenciosos, tensos, avizorantes,
se deslizan, escrutan y apartando la rama

alargan sus miradas hasta el lugar del drama:
 el choque de un desnudo con los sueños de antes.
 A solas y soñando ya han sido los amantes
 posibles, inminentes, en visión, de la dama.
 Tal desnudez real ahora los inflama
 que los viejos se asoman, tímidos estudiantes.
 ¿Son viejos? Eso cuentan. Es cómputo oficial.
 En su carne se sienten, se afirman juveniles
 porque lo son. Susana surge ante su deseo,
 que conserva un impulso cándido de caudal.
 Otoños hay con cimas y ráfagas de abriles.
 -Ah, Susana. -¡Qué horror! -Perdóname. ¡Te veo!

La vejez es un fenómeno íntimo, personal, y también una construcción social, fruto de las conductas, juicios y prejuicios ajenos acerca del anciano, es decir, de clichés edadistas, con frecuencia reforzados injustamente por los influyentes medios de comunicación. La opinión de los jóvenes sobre las personas ancianas suele caracterizarse por ser más bien negativa y no siempre se compadece con la autovaloración - en general, positiva- de los individuos muy afectados por el paso de los años. De ahí el implícito llamamiento a la colaboración y la solidaridad intergeneracionales, ideas que pueden rastrearse en **Muerte en el olvido**, de Ángel González (basta con sustituir la mujer amada por el poeta por un hombre o mujer ancianos), y en **Mírame siempre**, del poeta saharauí Ali Salem Iselmu (cambiamos a sus compatriotas de la República Árabe Saharaui Democrática abandonados por España, atacados por Marruecos y olvidados por casi todos los países del mundo por las personas mayores y de este modo el texto cobrará un nuevo sentido).

ÁNGEL GONZÁLEZ (1925-2008)

“Muerte en el olvido”

Yo sé que existo
 porque tú me imaginas.
 Soy alto porque tú me crees
 alto, y limpio porque tú me miras
 con buenos ojos,

con mirada limpia.
 Tu pensamiento me hace
 inteligente, y en tu sencilla
 ternura, yo soy también sencillo
 y bondadoso.
 Pero si tú me olvidas
 quedaré muerto sin que nadie
 lo sepa. Verán viva
 mi carne, pero será otro hombre
 —oscuro, torpe, malo— el que la habita...

ALI SALEM ISELMU (*Sahara*)

Mírame siempre.
 Trata de entenderme.
 Ve mi destino como el tuyo.
 Nunca dejes de observarme,
 Si lo haces, habremos desaparecido...

El maniqueísmo y el sectarismo constituyen lacras intelectuales perversas porque propenden a considerar tendenciosamente a las personas y los fenómenos sociales con prejuicios ideológicos y trazos de brocha gorda, carentes de matices. El envejecer a menudo se ofrece como una etapa vital positiva y, con más frecuencia todavía, como un período aquejado de no pocos achaques en el cuerpo y en el alma. La argentina Silvina Ocampo, hermana de la famosa Victoria, esposa de Adolfo Bioy Casares y amiga de Jorge Luis Borges, traza la decepción profunda causada en ella por la vejez, abocada a "*un interesante precipicio*" y dotada de menos espesor que el pasado. El poema, refractario al maniqueísmo, se limita a literaturizar la visión sincera de la propia experiencia de la autora.

SILVINA OCAMPO (1903-1993)

"Envejecer"

Envejecer también es cruzar un mar de humillaciones cada día;
 es mirar a la víctima de lejos, con una perspectiva
 que en lugar de disminuir los detalles los agranda.

Envejecer es no poder olvidar lo que se olvida.
Envejecer transforma a una víctima en victimario.

Siempre pensé que las edades son todas crueles,
y que se compensan o tendrían que compensarse
las unas con las otras. ¿De qué me sirvió pensar de este modo?
Espero una revelación. ¿Por qué será que un árbol
embellece envejeciendo? Y un hombre espera redimirse
sólo con los despojos de la juventud.

Nunca pensé que envejecer fuera el más arduo de los ejercicios,
una suerte de acrobacia que es un peligro para el corazón.
Todo disfraz repugna al que lo lleva. La vejez
es un disfraz con aditamentos inútiles.
Si los viejos parecen disfrazados, los niños también.
Esas edades carecen de naturalidad. Nadie acepta
ser viejo porque nadie sabe serlo,
como un árbol o como una piedra preciosa.

Soñaba con ser vieja para tener tiempo para muchas cosas.
No quería ser joven, porque perdía el tiempo en amar solamente.
Ahora pierdo más tiempo que nunca en amar,
porque todo lo que hago lo hago doblemente.
El tiempo transcurrido nos arrincona; nos parece
que lo que quedó atrás tiene más realidad
para reducir el presente a un interesante precipicio.

Uno de los rasgos más característicos de la vejez reside en la manifestación de numerosas formas de regreso mental al pasado debido al acortamiento del *"tiempo que nos queda"* (José Manuel Caballero Bonald): con nostalgia estéril frente a un presente desolado, con el propósito de encontrar en el tiempo ido (sobre todo en el paraíso de la niñez) impulsos para el fatigoso caminar de hoy, con ira... *"Mi propia profecía es mi memoria: / mi esperanza de ser lo que ya he sido"*, escribió en 1954 Caballero Bonald. Resulta muy ilustrativo que en el bolsillo del abrigo de don Antonio Machado se encontrara después de su muerte, sobrevenida en el exilio y en el pueblo francés de Collioure el 22 de febrero de 1939, un papel con

este verso manuscrito: "*Estos días azules y este sol de la infancia*". Se trata de uno de los temas esenciales de la poesía lírica universal de todos los tiempos. Antonio Colinas, en un hermoso poema culturalista de personaje histórico analógico con técnica de monólogo dramático, presenta a Giacomo Casanova, ejemplar supremo de don Juan, en sus días finales de decadencia, vivificados por la escritura de las hazañas amoratorias realizadas en su época de esplendor. La dureza de la vida escolar en los internados de la posguerra española -objeto de numerosas recreaciones artísticas en el campo literario y cinematográfico- se plasma en la primera parte del poema de Eloy Sánchez Rosillo, **Una temporada en el infierno** (homenaje al título homónimo del gran poeta francés Arthur Rimbaud), vivencia que queda redimida, ¡bendito contraste!, con la visita de la madre. Sánchez Rosillo encuentra siempre en la vida y en la naturaleza, en los detalles de lo cotidiano, respuestas luminosas, como puede apreciarse en varios de sus libros más recientes (véase bibliografía), impregnados del sentimiento de gratitud.

En la misma onda de sentimientos se mueve el navarro Francisco Javier Irazoki en el libro **Orquesta de desaparecidos** (2015). En la poesía del valenciano Francisco Brines (personalidad destacada en la Generación poética del 50, compuesta por José Ángel Valente, Claudio Rodríguez, Antonio Gamoneda, Jaime Gil de Biedma, Carlos Barral, Ángel González, José Agustín Goytisolo, Alfonso Costafreda, Gabriel Ferrater, José Manuel Caballero Bonald, Rafael Guillén, José Hierro, Antonio Gamoneda, Eladio Cabañero y otros) predomina un tono elegíaco, un cantar lo ya perdido. En **Estos penúltimos días**, poema modélico por su concisión, lucidez y hermosura, aborda las vivencias de quien sobrelleva mejor la vejez y la indagación en los enigmas de la vida evocando el pasado y nutriéndose de la mirada del niño que fue en época ya lejana. Brines es, sin duda, uno de los mejores exponentes de poeta de la madurez.

ANTONIO COLINAS (1946)

**GIACOMO CASANOVA ACEPTA
EL CARGO QUE LE OFRECE,
EN BOHEMIA, EL CONDE DE WALDSTEIN**

Il vostro passo di velluto

E il vostro sguardo di vergine violata.

Dino Campana

Escuchadme, Señor, tengo los miembros tristes.

Con la Revolución Francesa van muriendo

mis escasos amigos. Miradme, he recorrido
los países del mundo, las cárceles del mundo,
los lechos, los jardines, los mares, los conventos,
y he visto que no aceptan mi buena voluntad.
Fui abad entre los muros de Roma y era hermoso
ser soldado en las noches ardientes de Corfú.
A veces he sonado un poco el violín
y vos sabéis, Señor, cómo trema Venecia
con la música y arden las islas y las cúpulas.

Escuchadme, Señor, de Madrid a Moscú
he viajado en vano, me persiguen los lobos
del Santo Oficio, llevo un huracán de lenguas
detrás de mi persona, de lenguas venenosas.
Y yo sólo deseo salvar mi claridad,
sonreír a la
luz de cada nuevo día,
mostrar mi firme horror a todo lo que muere.
Señor, aquí me quedo en vuestra biblioteca,
traduzco a Homero, escribo de mis días de entonces,
sueño con los serallos azules de Estambul.

ELOY SÁNCHEZ ROSILLO (1948)

“Una temporada en el infierno”

Al final de la infancia —tenía doce años—,
estuve interno en uno de aquellos terroríficos
colegios religiosos de la época. Era
inhóspita y muy fría la ciudad en que alzaba
ese centro sus muros carcelarios. Tras ellos,
pasé yo un curso entero, solo, desesperado,
entre dómines crueles y extraños condiscípulos.
Me acuerdo, más que nada, del larguísimo invierno:
nieve triste que cae sobre unos patios tristes,

humedad minuciosa que hasta los huesos cala.
 Sufrió allí lo indecible. El corazón de un niño
 puede albergar a veces todo el dolor del mundo.
 Pero también conservo de aquel infierno helado
 unos pocos recuerdos hermosos, cuya luz
 inextinguible siempre me acompaña y me salva:
 una vez por trimestre me daban el aviso
 de que había venido mi madre a visitarme.
 Yo acudía corriendo a la sala sombría
 en la que me esperaba. Y, tras abrir de golpe
 la puerta, la veía. Era verdad, era ella,
 joven aún, bellísima, cerca de mí, a mi alcance,
 llena de abrazos, besos, risas, dulces palabras.

FRANCISCO BRINES (1932)

“Estos penúltimos días”

Los penúltimos días están llenos de luz
 aún, y quiero retornar, de los ojos del niño
 que murió, los pájaros aquellos:
 los que siguen cantando en estos pájaros.
 Llevo en mi mano un cuenco de cenizas,
 son escasas.
 Su levedad tan pura es un misterio.
 Me queda un tiempo breve
 desde el que amar aún lo que no he comprendido:
 lo eterno, revelado por la felicidad,
 o la estéril razón de la existencia.

Como se ha dicho a propósito de Jaime Gil de Biedma, la toma de conciencia de la propia condición mortal se erige en uno de los signos inequívocos del envejecimiento (puede consultarse, entre otros muchos autores, al filósofo Aurelio Arteta en su **A pesar de los pesares. Cuaderno de la vejez**, 2015). Dicha apreciación cobra especial dramatismo ante el fallecimiento de los seres queridos, cuya desaparición implica la paulatina mengua de la red de contactos sociales hasta llegar en ocasiones a la soledad más

absoluta, una de las heridas más lacerantes del anciano. El gran poeta José Hierro -Premio Cervantes, muy vinculado a Navarra a través de la asociación de cultura Bilaketa de Aoiz- recrea las sensaciones antedichas encarnadas en la figura de don Antonio Machado (1875-1939), que perdió a su esposa, la jovencísima Leonor Izquierdo, tras solo tres años de matrimonio. La incógnita de la muerte, junto con el amor y el paso del tiempo, se erige en uno de los temas nucleares de la literatura universal, abordado desde perspectivas y con matices muy diversos. La pamplonesa Inma Biurrún se dirige al esposo difunto, cuya singular presencia se vislumbra en las diferentes especies de flores que jalonan el jardín de la casa. El duelo de otro tiempo ha dado paso a una actitud de fértil serenidad. Uno de los grandes poetas de la muerte es Jesús Mauleón (véase bibliografía).

JOSÉ HIERRO (1922-2002)

“Don Antonio Machado tacha de su agenda un número de teléfono”

Borra de tu memoria
este número de teléfono.
2-6-8-1-4-5-6.

Táchalo en tu agenda.
Si ahora marcaras este número que no puede escucharte,
nadie respondería. Este número sordomudo:
2-6-8-1-4-5-6.

Borra, olvídalos, tacha este número muerto:
es uno más, aunque fue único.

Las hojas de tu agenda tienen más tachaduras
que números y nombres.
Ya quedan menos a los que llamar;
apenas quedan números y nombres que te hablen
o que te escuchen: 2-6-8-1-4-5-6.
Haz todo lo que puedas para que se disuelva en tu memoria:
destrúyelo, trastuécalo:
8-6-2-4-1-5-4, rómpelo el ritmo que le correspondía:
4-5-2-6-1-8-4,
ya no lo necesitas,
no necesitas esos números, esos nombres o sombras.

2-6-8-1-4-5-6:

«¿Está Leonor?»

Y suponiendo que alguien te responda,
será otra voz la que responderá.

Baraja el número, confúndelo, desordénalo.

Así: 1-4-2-5-6-8.

«¿Está Guiomar?»

Baraja números y nombres, barájalos,
sobre todo los nombres:

«¿Está Guionor?» «¿Está Leomar?»

Silencio.

Olvida, tacha, borra, desvanece
esos nombres y números,
no intentes modelar la niebla.
resignate a que el viento la disperse.

¡Colinas plateadas...!

INMA BIURRUN (1949)

“El jardín que sembraste”

El jardín que sembraste
me habla de ti:
verbena, tu flor preferida;
el pensamiento, que es tuyo;
por primera vez una cala,
que ya no verás.

Desde el hondo laurel
te llamo.

Desde el arraigado avellano
te busco.

En cada rama

siento tu huella profunda
y me duele.

En el jardín que sembraste,
brotando, un nuevo árbol
me habla de ti.

Si alguna sabiduría suele alcanzarse en la vejez, por pequeña que sea, esta radica con frecuencia en haber descubierto los valores esenciales de la persona, que nada tienen que ver con oropeles, riquezas y ambiciones varias de juventud. La sencillez, la naturalidad, la independencia de criterio, la calma, el altruismo... son algunos elementos sustantivos de los ancianos más ejemplares. Juan Ramón Jiménez - padre de la poesía moderna española junto con Gustavo Adolfo Bécquer y Antonio Machado- traza la evolución de su trayectoria poética en el poema metaliterario "*Vino, primero, pura*": el tránsito progresivo desde el barroquismo a la desnudez de la poesía pura, que, salvadas las distancias, puede equipararse a la evolución natural de cualquier individuo que crezca como persona con el transcurrir del tiempo.

La veterana madrileña Alicia Redel (pintora, periodista y política afincada en Italia desde los dieciocho años y comprometida con las causas de los seres más marginados: niños, ancianos, inmigrantes y refugiados) denuncia en **Nana a los niños de Lampedusa** las injusticias más sangrantes de nuestro tiempo. No es casual que la filantropía predomine entre muchas personas mayores, actitud que se fragua en la ayuda a hijos y nietos [véase **Son(i)etos a Pablo** (2003), de Ángel García López] y en el cultivo de las más diversas labores sociales en régimen de voluntariado. Jorge Luis Borges condensa en el poema **Los justos** un ideal de vida representado por la enumeración de una serie de personas anónimas a las que se puede calificar de laboriosas, sencillas y pacíficas, capaces de sentir a fondo la paz, la espera o sentido del tiempo (reivindicado recientemente por el humanista pamplonés Ramón de Andrés, Premio Príncipe de Viana de la Cultura 2015) y la necesidad de la belleza. En muchos de estos rasgos son perceptibles algunas de las mejores virtudes acreditadas por los ancianos más sabios, verdaderos maestros de la vida.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ (1881-1958)

"Vino, primero, pura"

Vino, primero pura,
vestida de inocencia;
y la amé como un niño.

Luego se fue vistiendo
de no sé qué ropajes;
y la fui odiando sin saberlo.
Llegó a ser una reina
fastuosa de tesoros...
¡Qué iracundia de hiel y sin sentido!
Mas se fue desnudando
y yo le sonreía.
Se quedó con la túnica
de su inocencia antigua.
Creí de nuevo en ella.
Y se quitó la túnica
y apareció desnuda toda.
¡Oh pasión de mi vida, poesía
desnuda, mía para siempre.

ALICIA REDEL (1945)

“Nana a los niños de Lampedusa”

Duerme, mi niño,
duerme en tu cuna verde de algas.
Juega, mi niño,
juega con esa estrellita de mar.

Duerme, mi niño,
duerme en el azul transparente
mecido por el caballito de mar,
atrás quedan desiertos de arena
y una tierra sin pan.

Duerme, mi niño,
duerme entre los nacarados caracolillos
frente a esa tierra con pan
que no pudimos alcanzar.

Duerme, mi niño,
 duerme, que los ángeles del cielo
 te vendrán a rescatar.
 Duerme, mi niño,
 duerme, que ellos resplandecientes,
 llegan ya, y en sus brazos
 de tu cuna verde y azul te llevarán
 a un cielo del todo azul
 donde te llamarán por tu nombre
 y no te faltará el pan.

(A los niños fallecidos en el naufragio de Lampedusa. Octubre de 2013. Ángeles perdidos)

JORGE LUIS BORGES (1899-1986)

“Los justos”

Un hombre que cultiva un jardín, como quería Voltaire.
 El que agradece que en la tierra haya música.
 El que descubre con placer una etimología.
 Dos empleados que en un café del Sur juegan un silencioso ajedrez.
 El ceramista que premedita un color y una forma.
 Un tipógrafo que compone bien esta página, que tal vez no le agrada.
 Una mujer y un hombre que leen los tercetos finales de cierto canto.
 El que acaricia a un animal dormido.
 El que agradece que en la tierra haya Stevenson.
 El que prefiere que los otros tengan razón.
 Esas personas, que se ignoran, están salvando el mundo.

Cuando la persona se halla en *"la última vuelta del camino"* (Pío Baroja *dixit*) es frecuente que sienta y a veces manifieste sus ansias de supervivencia y aun de inmortalidad, movida por creencias de índole religiosa o por un deseo más o menos difuso de dejar alguna huella, visible o invisible, en el mundo terrenal. Entre los numerosos poemas dedicados a glosar ese *desideratum* sobresale por su originalidad y delicadeza **A los libros de mi biblioteca**, del albaceteño Antonio Martínez Sarrión, escritor excelente (autor de poesía, diarios, libros de memorias y misceláneos, cinéfilo, especialista en música de jazz...) e

injustamente marginado. Es muy recomendable la lectura de su poemario **Poeta en Diwan** (2004), exponente valioso de poesía de madurez.

ANTONIO MARTÍNEZ SARRIÓN (1939)

“A los libros de mi biblioteca”

Durarán más que tú,
pero nadie
posará en ellos con más gusto su mirada,
aspirará su olor a papel viejo
preferible al perfume más sutil,
recorrerá sus lomos,
los abrirá con igual mimo,
descubriendo tesoros olvidados,
textos, recortes que los complementan,
volviendo a colocarlos con amor
en el sitio cabal, para encontrarlos
—milicia silenciosa y no violenta—
no en más de tres minutos.
Habrá de pasar tiempo, dejadme imaginarlo,
hasta que se acostumbren a otras manos:
ojalá no sean ásperas con ellos.

Saber retirarse a tiempo cediendo el testigo con naturalidad a las jóvenes generaciones es uno de los signos de mayor madurez personal, como le ocurre al Moisés bíblico glosado en un poema de personaje analógico por Vicente Aleixandre, Premio Nobel de Literatura 1977 y miembro de la Generación poética del 27 (al lado de Jorge Guillén, Pedro Salinas, Federico García Lorca, Rafael Alberti, Gerardo Diego, Luis Cernuda, Dámaso Alonso, Emilio Prados, Manuel Altolaguirre...). El líder del pueblo judío oprimido en Egipto, al que libera de la esclavitud conduciéndolo por el desierto, avista desde el monte Abarim la Tierra Prometida, entrega el mando a su hermano Aarón y a continuación fallece.

VICENTE ALEIXANDRE (1898-1984)

“Como Moisés el viejo”

Como Moisés en lo alto del monte.
Cada hombre puede ser aquél
y mover la palabra y alzar los brazos
y sentir cómo barre la luz de su rostro,
el polvo viejo de los caminos.
Porque allí está la puesta.
Mira hacia atrás: el alba.
Adelante: más sombras. ¡Y apuntaban las luces!
Y él agita los brazos y proclama la vida,
desde su muerte a solas.

Porque como Moisés, muere.
No con las tablas vanas y el punzón, y el rayo en las alturas,
sino rotos los textos en la tierra, ardidios
los cabellos, quemados los oídos por las palabras terribles,
y aún aliento en los ojos, y en el pulmón la llama,
y en la boca la luz.

Para morir basta un ocaso.
Una porción de sombra en la raya del horizonte.
Un hormigüear de juventudes, esperanzas, voces.
Y allá la sucesión, la tierra: el límite.
Lo que verán los otros.

Las personas previsoras, y con mayor razón los ancianos, suelen hacer testamento con la intención de dejar cerradas diversas cuestiones de índole jurídica y económica, casi siempre con la vista puesta en lograr la armonía de los herederos. El profesor y poeta Miguel d'Ors, siempre lúcido e irónico al verbalizar sus ideas y emociones en un tono menor de engañosa sencillez estilística, redacta un testamento muy original, que se erige en una agradecida apología de las mejores maravillas y virtudes del mundo y en una lección impagable para sus hijos: la naturaleza; las bellezas del arte literario, arquitectónico, pictórico y deportivo; y la felicidad de los humildes.

MIGUEL D'ORS (1946)

“Pequeño testamento”

Os dejo el río Almofrey, dormido entre zarzas con mirlos,
las hayas de Zuriza, el azul guaraní de las orquídeas,
los rinocerontes, que son como carros de combate,
los flamencos como claves de sol de la corriente,
las avispas, esos tigres condensados,
las fresas vagabundas, los farallones de Maine, el Annapurna,
las cataratas del Niágara con su pose de rubia platino,
los edelweiss prohibidos de Ordesa, las hormigas minuciosas,
la Vía Láctea y los ruyseñores complidos.

Os dejo las autopistas
que exhalan el verano en la hora despoblada de la siesta,
el Cántico espiritual, los goles de Pelé,
la catedral de Chartres y los trigos ojivales,
los aleluya de oro de los Uffizi,
el Taj Mahal temblando en un estanque,
los autobuses que se bambolean en Sao Paulo y en Mombasa
con racimos de negros y animales felices.

Todo para vosotros, hijos míos.

Suerte de haber tenido un padre rico.

La mayoría de los ancianos, y de las personas en general, no teme a la muerte en sí misma, sino la eventual decrepitud final, el dolor y el sufrimiento previos, de duración imprevisible. No es de extrañar, pues, que en las sociedades civilizadas y laicas de nuestro tiempo se procure por todos los medios facilitar una buena muerte mediante la redacción del documento de voluntades anticipadas o testamento vital, la aplicación de sedación paliativa y, en su caso, de la eutanasia. Hasta un poeta creyente, sacerdote para más señas, solicita de la divinidad que le libere de esos *“minutos basura”* finales, metáfora que el navarro Jesús Mauleón toma, con singular tino, de la nomenclatura deportiva. Juan Ramón Jiménez expresó con tanta lucidez como belleza la serena aceptación de su propia muerte (*“el viaje definitivo”*) al considerarlo un elemento consustancial de los ciclos de la naturaleza.

JESÚS MAULEÓN (1936)

“Pero también están los minutos basura”

Pero también están los minutos basura
incluso en los azares de un intenso partido.
No sin tropiezos, golpes, andanadas
de oleadas rivales,
subieron a las gradas, luminosos, contados,
mis instantes de gloria.

Si me ayudas, Señor,
podré aún mirar las luces
y levantar la tarde con el triunfo.
O, por lo menos,
poner en alto sobre mi cabeza
la copa llena o el trofeo noble
de haber participado.

Ya viejo soy, mas el reloj me ofrece
un tiempo que se alarga y redondea.
Entra en la cancha, préstame
tu refuerzo invisible.
No dejes que mis ojos fatigados
se acaben en las sombras
ni que la niebla afloje ni mancille
el final de mis fuerzas.
Ahórrame, si tú quieres,
un final de batalla
por apagada triste. Bórrame, tú a mi lado,
los minutos basura.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ (1881-1958)

“El viaje definitivo”

...Y yo me iré. Y se quedarán los pájaros
cantando;
y se quedará mi huerto, con su verde árbol,
y con su pozo blanco.
Todas las tardes, el cielo será azul y plácido;
y tocarán, como esta tarde están tocando,
las campanas del campanario.
Se morirán aquellos que se amaron;
y el pueblo se hará nuevo cada año;
y en el rincón aquel de mi huerto florido y encalado,
mi espíritu errará nostálgico...
Y yo me iré; y estaré solo, sin hogar, sin árbol
verde, sin pozo blanco,
sin cielo azul y plácido...
Y se quedarán los pájaros cantando.

El nacimiento y la muerte devienen las dos dimensiones esenciales de la existencia humana, como acredita el poema **Muerte en Venecia Remember**, de Alicia Redel, que rinde homenaje al relato **Muerte en Venecia** (1912), del alemán Thomas Mann (1875-1955), adaptado magistralmente al cine en 1972 por el director italiano Luchino Visconti. El protagonista, el veterano compositor Gustav von Aschenbach, suspira platónicamente por el adolescente Tadzio incluso cuando está agonizando, prueba inequívoca de una vida que se resiste a desaparecer.

ALICIA REDEL (1945)

“Muerte en Venecia Remember”

Solo tu belleza dorada,
adolescencia florida,
luz que al tiempo trasciende
y a través de tus ojos ilumina
la septembrina tarde que lenta muere.

Solo eso, solo tú, Tazio, eres
quien en el Lido ya otoñal de Venezia
das luz a esas apagadas vidas como la mía
que lentas se apagan cual fantasmas
evanescentes en un atardecer escarlata.

El arenal abandonado por las personas
ha sido retomado por las aves marinas.
Observo a las gaviotas, altivas sus cabezas
desafiantes al sol tornado escarlata
y ellas unidas, quietas, observan
al misterioso disco poniente.

Y así, tú, Tazio, como ellas
eres retoño a la espera de volar, y yo,
cual figura fantasmal, te contemplo
intentando en vano retomar esa vida
que me impida licuarme, desaparecer, cual gris medusa arenada,
ya perdidos elegancia y color,
no más tornasolada y flotante en el agua,
sino materia gris e inerte en la orilla
arrastrada por olas y mareas.

Si pudiera entrar en ti, Tazio,
¡Oh, si pudiera! Resucitaría,
podría volar alto en el cielo,
mecirme viva y brillante en el mar...

¡Oh, si pudiera, Tazio!
vivir la vida nueva de tu adolescencia,
y de nuevo soñar, proyectar, amar.
¡Oh, Tazio!, sin embargo esa vida
que en ti brilla como el sol
a mí, lánguida, se me va.

III. POESÍA Y ENVEJECIMIENTO: BIBLIOGRAFÍA

- **ANTONIO MACHADO** (1875-1939)
- **JUAN RAMÓN JIMÉNEZ** (1881-1958)
- **JORGE GUILLÉN** (1893-1984)
Y otros poemas, Buenos Aires, Muchnik, 1973.
Final, Barcelona, Barral, 1981.
- **VICENTE ALEIXNDRE** (1898-1984):
Diálogos del conocimiento, B., Plaza y Janés, 1974.
Prosa: Los encuentros. Evocaciones y pareceres. Otros apuntes para una poética, M., Austral, 1998 (Edic. Alejandro Duque Amusco)
- **RAFAEL ALBERTI** (1902-1999)
- **GERARDO DIEGO** (1896-1987)
- **JOSÉ ANTONIO MUÑOZ ROJAS** (1909-2009)
Objetos perdidos, Valencia, Pre-Textos, 1997 y 1998.
- **FRANCISCO PINO** (1910-2002)
- **MARIO BENEDETTI** (1920-2009)
Poesía recogida en tres volúmenes titulados *Inventario uno: Poesía completa: 1950-1985; Inventario dos: Poesía completa dos: 1986-1991; Inventario tres: 1995-2002*, editada en Buenos Aires por Editorial Sudamericana. En España, la mayoría están editados por Editoril Visor.
- **JOSÉ MANUEL CABALLERO BONALD** (1926)
Entreguerras, Barcelona, Seix Barral, 2012.
Desaprendizajes, Barcelona, Seix Barral, 2015.
- **JAIME GIL DE BIEDMA** (1929-1990)
Las personas del verbo, Barcelona, Seix Barral, 1982.
- **FRANCISCO BRINES** (1932)
El otoño de las rosas, Sevilla, Renacimiento, 1986.
La rosa de las noches, Avilés, Cuadernos de cristal, 1986.
Poemas a D. K., Sevilla, El mágico íntimo, 1986.
La última costa, Barcelona, Tusquets, 1995.
Todos los rostros del pasado, Barcelona, Círculo, 2007.
- **ÁNGEL GARCÍA LÓPEZ** (1935)
Son(i)jetos a Pablo, Valladolid, Fundación Jorge Guillén, 2003.

- **JESÚS MAULEÓN (1936)**
Escribe por tu herida. En *Obra Poética (1954-2005)*. Estudio de Tomás Yerro. Pamplona, Gobierno de Navarra, 2005.
Este debido llanto, Madrid, Vitruvio, 2010.
Apasionado adiós. Prólogo de Tomás Yerro. Madrid, Vitruvio, 2013.
- **MIGUEL D'ORS (1946)**
Sol de noviembre, Sevilla, Renacimiento, 2005.
La música extremada, Sevilla, Renacimiento, 1991.
Canciones, oraciones, panfletos, im poemas, epigramas y ripios, o Cajón de sastre donde se hallará todo cuanto deseara el lector amigo, y el no tanto sobradas razones para seguir en sus trece (no venal 1990).
Curso Superior de Ignorancia, Murcia, Universidad de Murcia, 1987.
- **LUIS ARBEA (1948)**
Ya próximo el invierno, Pamplona, Sahats, 2008.
- **ELOY SÁNCHEZ ROSILLO (1948)**
La vida, Tusquets Editores, Barcelona, 1996.
Las cosas como fueron (Poesía completa, 1974-2003), Tusquets Editores, Barcelona, 2004.
La certeza, Tusquets Editores, Barcelona, 2005.
Oír la luz, Tusquets Editores, Barcelona, 2008.
Sueño del origen, Tusquets Editores, Barcelona, 2011.
Antes del nombre, Tusquets Editores, Barcelona, 2013.
Quién lo diría, Tusquets Editores, Barcelona, 2015.
- **ALICIA REDEL (1945)**
El espejo roto de Alicia, Madrid, Círculo Rojo, 2011.
El laberinto translúcido de Alicia, Madrid, Círculo Rojo, 2016.
- **INMA BIURRUN (1948)**
El jardín que sembraste, Madrid, Vitruvio, 2016.
- **FRANCISCO JAVIER IRAZOKI (1954)**
Orquesta de desaparecidos, Madrid, Hiperión, 2015.
- **JUAN COBOS WIKINS (1957)**
Para qué la poesía, Barcelona, Plaza & Janés, 2012. Poema "Mater".
- **GABRIELA BAQUERO**
Oficio de frontera, Zaragoza, Eclipsados, 2006.